

Una nueva edición de las *Etimologías*

Vivimos una floración isidoriana. La fundamental obra de Jacques Fontaine¹ y la Reunión Internacional de Estudios Isidorianos, celebrada en León el año 1960, fueron la sembradura de la gran cosecha que se está recogiendo en nuestros días. Dentro de esta atmósfera cabe enmarcar el trabajo a que me voy a referir en esta nota, obra de alientos, densa en contenidos y de capital importancia dentro de los estudios isidorianos².

Su introducción ofrece un documentadísimo estado de la cuestión; su texto presenta el oxoniense de Lindsay, corregido minuciosamente; su traducción es la segunda versión castellana completa que ha merecido la obra cumbre del *doctor egregius*. La edición de la BAC responde a una necesidad perentoria, tanto en lo que se refiere al texto latino, agotada hace tiempo la edición de Oxford, como en cuanto a la versión castellana, ya que la anterior, debida a L. Cortés y Góngora³, se había convertido casi en una rareza bibliográfica, y el rigor de una traducción exacta y fiel no podía contentarse con la que la misma BAC había publicado hace 30 años. A la espera de la definitiva «edición internacional» de las *Etimologías*, cuyo primer volumen se ha publicado ya⁴ y en la que se hallan empeñados

1 *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique* (Paris 1959) XX-1014 pp. Agotada la primera edición, se anuncia una segunda, con una bibliografía puesta al día. Tal vez aparezca este mismo año.

2 *San Isidoro de Sevilla: Etimologías*. Edición bilingüe. Texto latino, versión española y notas por José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero. Introducción general por Manuel C. Díaz y Díaz (BAC, Madrid 1982-83), dos vols.: I libros I-X, 854 pp.; II libros XI-XX, 614 pp., 2.800 y 2.400 pts.

3 Madrid 1951.

4 J. André, *Isidore de Séville: Etymologies*, livre XVII, *De l'agriculture* (Les Belles Lettres, Paris 1981) VI-260 pp.

los grandes especialistas isidorianos de todo el mundo, la edición que ahora presentamos seguirá prestando un valor incalculable, aunque no sea más que por ser la única completa a que puede acudir el estudioso del gran hispalense.

En la *Introducción general*, el prof. Díaz y Díaz repasa, con el rigor y autoridad que en él son norma, la persona y la obra de Isidoro. Toda su vasta problemática es puesta al día con la ayuda de fuentes directas y de la bibliografía más reciente, a veces incluso inédita, que aporta algo de luz a tantas oscuridades. Realmente iluminador es este estudio ordenado en cinco apartados —cuatro en el *Índice general*.

Bajo el epígrafe «La circunstancia hispánica» (pp. 7-94), se examina la situación política, religiosa y social de la península entre los años 550 y 636, fecha de la muerte de Isidoro. Destacaré las páginas dedicadas al estado y preparación del clero; la convivencia, a menudo difícil, de los diversos pueblos que conformaban Hispania; las alternativas en las relaciones de la mayoría hispanorromana, sometida, y la minoría germana, dominadora; la escuela y la formación literaria en todos sus grados; el auge de los estudios bíblicos; las bibliotecas, con la cuestión no resuelta de qué autores se contenían en ellas. El cuadro que aparece ante nuestros ojos muestra unas condiciones ambientales de tal penuria cultural, que bien pudieron obligar a quien sabía a no caer en la fácil tentación de guardar su excelencia para sí.

En «La persona y obra de Isidoro» (pp. 95-162), con la imprescindible ayuda de la *Renotatio Isidori* de Braulio de Zaragoza —las fuentes son en este punto especialmente escasas— se traza la biografía: familia, nacimiento, formación, episcopado, muerte y culto. Es de notar el rastreo de los pasos que el Hispalense hubo de dar en su educación, particular para el que todo, o casi todo, son conjeturas. También aquí se recopila y valora su producción literaria, variada y rica como la gama de sus cualidades, intereses y miras, pero siempre regida por un vivo sentido de su responsabilidad como obispo. Con especial atención a la tradición manuscrita, se estudian las obras genuinas sin

olvidar aquéllas cuya dirección e incluso participación fundadamente se le atribuye, como la *Colección Canónica Hispana*. Además son recogidas las dudosas y apócrifas, numerosas como conviene a un autor de prestigio.

La tercera parte de esta *Introducción* se consagra a la obra que se edita (pp. 163-214) y los problemas que supone su composición. Entre ellos resulta curioso, que no básico, el papel de posibles inspiradores que hay que atribuir al rey Sisebuto y a Braulio, amigo y corresponsal de Isidoro, ya que la tradición manuscrita presenta, con reparto desigual, dos destinatarios diferentes de la carta dedicatoria que precede a las *Etimologías*. Para conciliar este y otros datos contradictorios, el prof. Díaz y Díaz sugiere que el autor envió con ella al rey, de conocidas aficiones literarias, sólo la primera parte del trabajo, mientras se esforzaba por redactar la segunda y pulir la obra completa, cosa que no consiguió.

Asunto de importancia es la distribución del contenido, que no ha sido siempre la misma, y la primitiva edición aislada de ciertos libros incluidos después en la enciclopedia. También se revisa la responsabilidad de Braulio en la división por libros de un material que le llegó, tarde e inconcluso, agrupado por títulos según la información que él mismo proporciona. A continuación se examinan los métodos y recursos empleados para la elaboración del libro, examen que plantea la cuestión tantas veces discutida de si existió un plan previo, una clasificación de base, que presidiera el cúmulo de noticias, a veces inconexas o sin desarrollar —piénsese en los lemas vacíos— que ahora leemos. Y es que realmente, vista desde aquí y ahora, la unidad de la obra a menudo zozobra y puede debatirse. Pero el hecho es que el lector medieval, atento a unos intereses que no son los nuestros ni ciertamente los de quienes se aproximan a ella con ánimo de disecarla, veía las *Etimologías* «como libro de una sola pieza y de gran autoridad» (p. 199) en cita de Curtius.

Y así se llega a la substancia misma de la «etimología» isidoriana y a cómo se conduce el autor para darle forma: Isidoro supedita aquí las explicaciones a su visión etimológica —de donde el título— sin considerar las realidades

en sí mismas sino en cuanto son «como su nombre indica», en la firme creencia de que el nombre no puede ser fortuito sino que responde a la auténtica esencia de lo por él designado, sólo que las palabras, con sus mutaciones, o las cosas, con el devenir del tiempo, hacen a menudo imposible reconocer su íntima relación.

También se pasa revista a la enredada cuestión de las fuentes, primarias y secundarias, que se traslucen en las páginas de la magna compilación, sometidas a toda clase de amplificaciones, reducciones, contaminaciones y elaboraciones diversas.

Un aspecto interesante y debatido es la pretendida gratitud de un escrito de tal naturaleza dentro de la producción de un religioso. Y es que se advierte en una «creciente veneración, desinteresada y casi aséptica, por el mundo antiguo» (p. 193) en palabras de Díaz y Díaz, quien incluso habla de «conversión isidoriana» (p. 212). Ciertamente, si Isidoro acometió las *Etimologías* movido por una lúcida conciencia pastoral, no es menos cierto que se observa una complacencia especial en la recuperación de la antigüedad que estaba llevando a cabo, complacencia tanto más notable cuanto que, por educación y por ambiente, tenía que sentirse peligrar ante la cultura pagana. Quizá fue abandonando sus temores gracias al manejo continuo del caudal de conocimientos acumulados en otro tiempo y con otra mentalidad, temible antes. Quién sabe si llegó a sentir que aquella cultura y la cristiana no eran contradictorias; que prescindir de cualquiera de ellas significaba un empobrecimiento; que algo especial acontecía cuando ambas se fundían.

Otro dato de consideración que aquí se examina es la difusión temprana y amplia de que gozó la obra tanto completa como fragmentaria. Su éxito, cuando menos, prueba que era necesaria.

Con el título «Imagen y actualidad de Isidoro» (pp. 215-254) se reúnen las reacciones despertadas por el Hispalense cuando se propagó el conocimiento de sus escritos, la veneración que pronto se granjeó y los hitos que jalonan su éxito editorial sobre todo en el caso de las *Etimologías*. A continuación y a modo de antología crítica, se recogen

opiniones autorizadas de estudiosos españoles y extranjeros, para terminar con una recapitulación de los puntos fundamentales y las principales corrientes de la investigación isidoriana actual.

El último apartado, «Caracterización de Isidoro» (pp. 255-257), pretende plasmar una imagen entrevista en páginas anteriores, la personalidad inasible, no susceptible de encasillamiento, que se esconde tras un monumental legado.

En cuanto al texto, los profesores Oroz y Marcos Casquero han partido del establecido hace ya setenta años por Lindsay⁵. Pero no se han ceñido servilmente al que puede considerarse como texto crítico aceptable, sino que lo han sometido a cuidadoso pulido para purgar los defectos —que no son pocos y algunos de notable monta— de la edición oxoniense, reimpressa en repetidas ocasiones sin enmendar. La naturaleza de las correcciones, realizadas por los editores salmantinos, es variada. Por de pronto han uniformado la puntuación y el uso de mayúsculas y minúsculas. Han evitado grafías diversas de la misma palabra, prefiriendo las más usuales, cuando la etimología no estaba implicada en la elección. Se han subsanado evidentes errores de imprenta, reiterados en las sucesivas reimpresiones. Interés especial han puesto los profesores Oroz y Marcos Casquero en presentar, en su prístina pureza, los textos de las citas de escritores antiguos, que han cotejado en cada caso con las mejores ediciones críticas de que ahora se dispone. En este aspecto, aunque no se trata de un nuevo texto crítico —ni la BAC ni los editores pretendían eso: *non erat hic locus*— la nueva edición ofrece un texto muy depurado y superior al de Lindsay.

Ante la cuestión, embarazosa siempre, de comentar o no comentar, los editores se han decidido por limitarse a precisar las fuentes del Hispalense, dentro de los intereses concretos de la edición. Lejos de intentar fijar todas las fuentes, los profesores Oroz y Marcos Casquero han logrado señalar lo más importante. A nuestro modo de ver, se trata de un criterio muy acertado porque, de otro modo, las

⁵ *Isidori Hisp. Epicopi Etymologiarum libri XX* (Oxford 1911). Reeditado en 1957, 1962 y 1966, Reimpresión hace tiempo agotada.

notas habrían desbordado los límites normales de una edición como la que nos ofrece la BAC.

La traducción de las *Etimologías*, tarea ímproba si las hay, ha sido cuidada con especial esmero, tanto en sus aspectos internos como externos. Por una parte, los traductores han estado siempre atentos a reflejar la actitud de Isidoro ante el lenguaje; han sabido mantenerse en cada caso dentro de los caminos por donde discurría la sensibilidad lingüística del hispalense, siempre orientada a captar resonancias que explicaran la estrecha ligazón de objeto y nombre. Y realmente han salido airoso de la prueba. Por otra parte, en lo que se refiere al aspecto externo, se ha procurado y conseguido la coincidencia exacta de texto y versión en las páginas correlativas, con lo que se cumple el primer propósito de toda edición bilingüe: cotejar el texto con la traducción. Esta comodidad de cotejo nos ha permitido disentir alguna vez de la traducción propuesta. Por poner algún ejemplo, y limitándonos al libro IX, que-remos señalar los pasajes de 1, 2; 1, 6; 2, 1; 3, 17.

Otra de las cualidades de esta nueva edición de las *Etimologías*, radica en los nueve índices: *generalis; nomenclum; geographicus; botanicus; zoologicus; lapides et metalla; verba graeca; loci citati in textu; y loci citati in notis*. Estos copiosos, aunque no completos índices —habría que acudir a los modernos instrumentos electrónicos para superarlos— resultan utilísimos para el mejor aprovechamiento de la obra y superan con creces los de trabajos anteriores.

El esfuerzo aunado y tenaz de los profesores Díaz y Díaz, Oroz Reta y Marcos Casquero ha valido la pena. Podemos felicitarnos por disponer de una edición fiable y digna, en nuestra lengua, de una de las claves de la cultura medieval.

OLGA GETE CARPIO
Universidad de Barcelona